

2694
BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA

PADRE DE LA INDEPENDENCIA



MAUCCI H.^{os} MÉXICO

*** BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO ***
Cuarta serie.—La Independencia

Miguel Hidalgo y Costilla

PADRE DE LA INDEPENDENCIA

POR


HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos.—*Primera del Relox, 1*

1900



Miguel Hidalgo y Costilla

¡El grito que lanzó el anciano cura Hidalgo en el pueblecillo de Dolores había tenido tal resonancia en el inmenso territorio que ocupaba entonces la Nueva España, que bien pronto por todas partes se sintieron las maravillas que produjo!

¿Era posible que hubiese alguien tan osado que se levantara frente á frente de los reyes más poderosos de la Europa?

¿Quién podría ser el audaz que en medio del poder de los virreyes y de las audiencias se alzaba tremolando un estandarte que entonces aparecía como el de la suprema rebelión?...

...!Cuán grande, cuán portentoso fué el con-

flicto y el pánico que sobrevino al grito inmortal de la Independencia, del grito que lanzó don Miguel Hidalgo en noche de terror y espanto y que hizo amanecer con tanta gloria aquel domingo del 16 Septiembre de 1810!

.
Ya comprenderéis, amiguitos míos, que voy á describir ahora, muy rápidamente por cierto, los curiosos episodios que siguieron al famoso grito de Independencia, dado por el inmortal anciano caudillo (1).

Seguidme buenos lectores niños, seguidnos mejicanos amigos en los relatos que vais á ir escuchando.

Aquí ya no encontraréis los cuentos y las fantasías que adornaban las viejas leyendas de nuestros antepasados, allá cuando vivían en el Anahuac los reyes aztecas que tantas glorias rarísimas hicieron florecer y que luego cayeron tras horribles combates en la época de la Conquista, cuando el audaz aventurero Hernán Cortés logró hacerse dueño de un imperio!

.

(1) Leed con atención el relato anterior que pertenece á nuestra «Biblioteca del Niño Mexicano».— Cuarta Serie.

Ahora nuestra narración será tanto ó más interesante que aquéllas; será sensacional y amena, aunque sin aquellas aventuras de que las leyendas nos avisan con su poesía preciosísima... No, ahora vamos á seguir, amiguitos, la vida de los héroes de la Independencia...



¿Qué fué lo que hizo el venerable anciano cura de Dolores después de aquel grito, después de que tras la misa en Dolores, hubo convocado á los vecinos del pueblo, á los hombres de aliento de las rancherías y á cuantos quisieran abarcar la causa de la libertad?

Las multitudes rodean al caudillo y le aclaman respondiendo con gritos de júbilo á sus palabras.

—¡Patria, patria!—prorrumpen unos, en el colmo de su entusiasmo.

—¡Sí, libertad, libertad!—respondían otros con frenesí.

—¡Independencia y buen Gobierno—exclamaban los más adictos.

Y en tanto seguía ensanchándose la muchedumbre; y como pudieron tomaron armas ó las improvisaron... ¡Figuraos amiguitos que todos querían pelear; ir á combatir con los enemigos, con los

soldados de los que seguían la causa del despotismo!...

¡Armas! ¡Armas!...

Y se hicieron armas de viejas palas, de herramientas, de troncos de árboles y de cuanto podría servir para causar daño ó la muerte!... Otros se armaron con hondas, con piedras y con flechas. Así rodearon todos entusiasmados al héroe libertador, y en enjambres, en montones, en chusmas, como un torrente espantoso se precipitaron hacia donde les llevaba el gran Hidalgo!

Al anoecer del mismo día 16, llegaron á San Miguel el Grande, donde el regimiento de la Reina se unió también, llevando á hombres que debían ser héroes, como Allende, Aldama y Abasolo.

Después se dirigió la multitud de patriotas que encabezaban Hidalgo y sus partidarios hacia Celaya.

Cuando pasaron por el pequeño pueblecillo de «Atotonilco el Grande», el anciano libertador entra á la iglesia y... he aquí que de súbito se fija en que la hermosa Virgen de Nuestra Señora de Guadalupe, á quien los pobres indios adoraban en medio de sus desgracias, mira que le dirige un relámpago misterioso...

—...¿Qué pensó Hidalgo?...

¿Creyó que la Virgen de los mexicanos le daba una orden?



¿Creyó que le alentaba con la pureza diamantina de sus ojos negros y divinos para que realizara por el sacrificio sangriento la anhelada libertad de la nación mexicana?...

¿Qué pudo leer, qué supo adivinar el cura Hidalgo en la expresión misteriosísima de la Virgen de Guadalupe?

¡Nadie lo sabe! ¡Ninguno lo ha comprendido... pero lo que sí afirma la Historia y lo que voy á referir á mis niños lectores, es que el anciano en un instante de éxtasis y de entusiasmo se dirige al altar del templo y toma entre sus manos blancas y temblorosas la Santa Imagen de la Virgen, gritando:

—«¡Viva la Independencia de México, viva la libertad, viva la Virgen de Guadalupe, mueran los tiranos.»

Seguía por todas partes la animación y el humilde cura que había soñado con hacer libre á una extensa nación sujeta á otra, electrizaba á las masas de hombres que le seguían... y fué tanto el entusiasmo que los jefes que mandaban á aquellos héroes se sintieron llenos de pavor y se concentraron en el fuerte Castillo de Granaditas con todo su ejército...

¡Era una avalancha humana, amigos míos, aquella que impulsada por la idea de la libertad se dirigía contra la fortaleza terrible donde estaban los ejércitos enemigos, encerrándose con todos los tesoros y caudales que había en la rica ciudad de Guanajuato.

Hidalgo, con la fe en su causa, inspirado por la gloria de sus altos destinos, tremolando ante sus hombres sin armas hambrientos y desesperados, la bandera de la libertad y del amor á los oprimidos, porque esa es, no lo dudéis la bandera que tenía á la Virgen de Guadalupe. Hidalgo, lanzó su palabra de fuego y al escucharla todos los que le seguían se precipitaron con el más sublime heroísmo hacia los muros de piedra del Castillo de Granaditas desde donde los enemigos arrojaron torrentes de fuego, pólvora, metralla y balas.

¡El huracán de la muerte llovió, llovió sobre las muchedumbres desnudas, hambrientas y desesperadas, pero enardecidas por su fe en el triunfo de la Independencia!

¡Cuántas horas de horror y de estragos! ¡Cuántos cadáveres, cuanta sangre en aquella batalla! ¡Parecía imposible que por inaudito que fuese el valor de los insurgentes lograran entrar á una fortaleza tan bien resguardada y con tan numerosos defensores que hacían funcionar cañones y llover plomo derretido y cascadas de plomo y piedra sobre los que asaltaban!...

Además... ¿cómo penetrar al interior de aquel enorme caserón de granito, si sus puertas eran de bronceas chapas sobre fuertes maderas?...

¡Ay, de los que se acercaran á esas puertas!

¡Sin embargo hubo un niño sublime que comprendiendo que toda la victoria se conseguiría



con incendiar las puertas, toma una gran losa que echa sobre su espalda para que no le hiera el

plomo derretido que arrojan los del Castillo; sujeta con una mano la losa y con la otra lleva encendida una antorcha... Agazapándose llega hasta las puertas, arroja rastrojo, maderas y otros materiales que podían arder pronto y les prende fuego delante de las mismas puertas que empiezan á incendiarse, mientras que el valiente héroe que era un niño, rodaba bajo una tempestad de muerte, aclamado por los hombres que vieron semejante acción.

El entusiasmo creció contemplando el incendio; las puertas cayeron hechas llamas, carbones y cenizas, dejando libre la entrada á las multitudes que se precipitaron furiosas y formidables dentro del castillo de Granaditas donde se hizo una matanza espantosa y siniestra!

¡Cuántos héroes murieron! ¡Cuántos mártires de su honor y de su deber cayeron en aquella cruenta y roja carnicería!

Justo es decir á mis afables lectores que el jefe español Riaño que mandaba el castillo de Granaditas, cumplió con su deber de español y de soldado defendiendo lo que su patria y su honor le encomendaron, muriendo como un valiente, lo mismo que otros compañeros suyos.

Pero ay, los pueblos irritados por siglos de tiranía, soportan años y años sus esclavitudes y sus

injustas miserias, hasta que por fin en el día marcado por la Providencia estallan, y de pacíficos y dóciles y obedientes que eran antes, se tornan impetuosos, tremendos y asoladores como el pueblo mostró en Granaditas y Guanajuato donde la sangre española corrió á torrentes!...

¿Quién había sido el héroe por el cual se pudo tomar la fortaleza y luego la ciudad?

Ya os lo dije, un niño, un valiente pilluelo hijo del pueblo, que se llamaba «Pipila».

¡Consagrad un recuerdo de gratitud y amor patrio á ese juvenil corazón que realizó un prodigio asombroso sacrificándose por las futuras generaciones mexicanas!...

No olvidéis nunca ese nombre que trae tantas memorias épicas nacionales... ¡Oh, Pipila!...



Miguel Hidalgo entró en Guanajuato donde sus multitudes de hombres se desentrenaron en un cruel arrebató de venganza, quemando, robando, destruyendo todas las propiedades de los amos enemigos... Imposible le fué á Hidalgo reprimir la cólera de un pueblo que tanto había sufrido y soportado durante tantos años... La sangre corrió y de ella parecían levantarse, vapores siniestros

que enlutaban el cielo con nubes negras, presagiando una tempestad!

El Virrey don Francisco Javier de Venegas, recién llegado á México, ordenó que un grueso ejército detuviera á Hidalgo, cuyo grito de Independencia había repercutido terriblemente por toda la Nueva España, y la odiosa Inquisición fulminó contra el noble y heroico anciano sus anatemas disponiendo su persecución... ¡Qué atroz el espanto de la ciudad de México!

¡Pronto, muy pronto llegaría la hora tanto tiempo esperada! El anciano caudillo empieza su nueva campaña saliendo de Guanajuato con 50 mil insurgentes, seguido y aclamado por nuevos pueblos, llevando en alto el estandarte de la Virgen de Guadalupe, hasta que llega al monte de las Cruces, frente al Valle de México, después de innumerables victorias.

¡Y allí también, en el mismo grandioso monte que desde la misma ciudad de México se puede admirar con santa emoción por su grandiosa sublimidad, allí también en medio de los bosques de pinos, Hidalgo libra otra batalla y en ella vence á las fuerzas realistas, apoderándose de las sierras que dominan todo el Valle!

Lastima que no hubiera querido seguir adelante porque indudablemente llegaría hasta el mismo

palacio del Virrey, terminando de un golpe la guerra de la Independencia nacional y la libertad de nuestra patria.



Pero Hidalgo se creyó más debil de lo que era y empezó á retroceder para hacerse de un ejército en toda forma... Ay, pero entonces la suerte le es aciaga como sucede á todos los grandes hombres después de que han ejecutado sus mayores proe-

zas y sus más brillantes campañas... Además, siempre hay Judas para los mejores Cristos Redentores...

Así pasó con el sublime anciano gloria de nuestra Independencia; tuvo un traidor en quien confiaba y á la hora en que se lanzaba el caudillo hacia el Norte, atravesando los inmensos desiertos que antes se extendían por el Estado de Chihuahua, en el momento en que meditaba la continuación de la guerra, es sorprendido con sus mejores amigos y generales, encadenado y conducido á la capital del aquel estado.

¡Allí le esperaban las cadenas de una prisión horrible, de una indigna carcel!

¡Qué de sufrimientos y de catástrofes había soportado aquel anciano!... ¡Qué de batallas decisivas había tenido que dar con un arrojo de veterano, él, el hombre que durante toda su vida no había tenido que soportar sino el cáliz de la cristiana Religión de la que era apostol!

Soportó lo mismo el estruendo de gloria de los tiempos que el traquido horrisono de las derrotas, como cuando sus masas fueron destrozadas en el encuentro del puente de Calderón.

Pero la fecha lúgubre del 11 de Marzo de 1811 marcó la prisión de Hidalgo por los traidores allá en las Norias de Baján, de donde el iniciador de

la Independencia fué conducido á Chihuahua...

Allí fué su calvario... Jueces impíos insultan sus canas y tratan de aniquilar su grandeza; lo befan y le construyen un cadalso que fué para el héroe un trono, un altar. Un altar en el que su sangre se hizo roja luz que marcó á su patria el destino de sus héroes futuros.

El 31 de Julio, fecha negra y maldita en la Historia de la Humanidad, Hidalgo, después de un martirio horrendo por parte de sus verdugos que lo degradaron, cayó atravesado por una descarga de fusiles que atronó la patria que bien pronto había de ser libre por él.

El mártir iniciador de nuestra Independencia debe vivir siempre en nuestros corazones, amigos míos, porque él tuvo la audacia y la energía de seguir el impulso de su alma que había concebido la idea más augusta y más grande que pueda eternizar á un hombre.

No olvidéis jamás al selecto y alto caudillo á quien debemos esta hermosa y floreciente patria.

Pronto sabréis como su ejemplo hizo surgir nuevos adalides y nuevos mártires que siguieron el combate sagrado de la libertad.

FIN

Fray Bartolomé de las Casas
La Púrpura de la Traición
El Fin de un Héroe
El Incendio de un Alma
El Palacio de Coyoacan
El Rayo de Satanás
El Fantasma Carnicero
La Ciudad Subterránea
Las dos Princesas Sublimes
El Tazón de Oro lleno de Sangre
El Principio del Siglo en México
El Grito de Libertad
El Rayo de la Guerra
El Héroe del Sur y el abrazo de Acatempam
La Libertad de Mexico
Miguel Hidalgo y Costilla
El Héroe de Cuautla José María Morelos
Once Años de Guerra
La Victoria de Tampico
Los Héroes de la Guerra
Glorias del Pueblo ó el Hombre Cureña
El Año fatal ó los desastres de la Patria
La Invasión Norteamericana
La Guerra de Texas y la Heróica Veracruz
El Triunfo del Coloso y los Tratados de Paz